

indiscutible, aferrábase á las tristes cosas del mundo y á sus mas impuras realidades. Por un ducado de Parma ó de Plasencia, por un fragmento de soberanía en las Marcas, por un sitio de Florencia donde coronar á los miserables herederos de los antiguos magistrados y tribunos, malbaratábase sin consideracion el cielo, el espíritu, el ideal, la vida eterna, la fe religiosa, las esperanzas en la inmortalidad. No cometiera el sexto Alejandro los crímenes que han deshonrado su memoria; no ahogara el generoso movimiento de Savonarola; no perdiera la autoridad que perdió sobre la conciencia y el alma de los hombres, á no querer con tanta voluntad y empeño el engrandecimiento de sus hijos Rodrigo y César Borgia: no mostrara Clemente VII tantas vacilaciones é incertidumbre tanta en sus tratos con Carlos V y Enrique VIII; no diera largas tan inexplicables al régio divorcio, causa ocasional de la cisma de Inglaterra, sin el empeño decidido de colocar los Médicis, perjuros á la república, en aquel menguado trono de Florencia, eterna mancha y eterna deshonra de su patria. Leon X mismo, el fugitivo de la batalla de Rávena; el brioso Julio II, general y Pontífice como los autócratas persas, con la espada mas que con la cruz en la mano; prestaran mayor atencion á los intereses religiosos comprometidos en las revoluciones intelectuales del siglo, á no prestarla tanta y tan grande al interés político de su corona terrestre y de su engrandecimiento personal. Bien puede decirse que nunca dañó tanto el carácter de Rey al carácter de Papa, como en esta crisis suprema y decisiva de la Reforma.

Paulo III, ya lo hemos dicho, llevó este error á sus mayores extremos. Los dos primeros Papas del Renacimiento, Julio II y Leon X, podian disculparse aun, y en parte se disculpaban, por no haber previsto la profundidad de la sima en las bases de su trono abierta y por haber contado la herejía de Alemania como uno de tantas sistemas ó una de tantas doctrinas fugaces en los anales de la Iglesia. Pero Paulo III habia visto la Reforma constituida y el Catolicismo mermado; estaba, pues, en el deber de atribuir esta merma y aquella constitucion en gran parte á las ambiciones personales de sus predecesores y evitarlas y huirlas. Los hijos de Alejandro VI, especialmente César Borgia, tenian á su descargo la elevacion de su inteligencia, el mérito de su persona, la fuerza con que su época les llevaba como de la mano á per-



derse ebrios de amor en los brazos de la naturaleza y en el culto pagano á las antiguas divinidades del arte. Aun se comprende, aunque no se justifique, la pasion de su padre, César y Pontífice, por aquel caballero apuesto, por aquel garzon elegantísimo, por aquel consumado estadista, por aquel heróico guerero, por aquel singular jóven que deslumbraba la inteligencia de Maquiavelo y merecia la apoteosis de las pinceladas de Rafael. Pero Pedro Luis Farnesio, el hijo bastardo de Paulo III, era codicioso, grosero, sensual, torpe, vulgarísimo, protervo, sin la excusa del genio y sin los resplandores del arte. Cuando pasaba por cualquier poblacion, los ricos escondian sus joyas, los padres sus hijas, verdadero capitan de bandidos. Así no fué mucho que un Gonzaga enviase desde Milan á Plasencia, ducado que el bárbaro habia recibido de las voluntariedades de su padre, siniestra turba de asesinos, para que lo persiguiesen y lo rematasen como un perro. Horrible efecto produjo en su anciano padre, próximo al sepulcro, esta desgracia, pero debió comprender en su experiencia que quien vive cual su hijo, la vida de las fieras, muere la muerte de las fieras tambien, devorado por aquellos á quienes ha querido á su vez devorar. No se contentaba Paulo con proteger á Pedro Luis, su hijo; protegía tambien á Octavio Farnesio. Si Parma y Plasencia eran el regalo con que colmaba las ambiciones de aquel á quien diera el sér, Toscana, disputada continuamente á los Médicis, era el cebo ofrecido á la codicia de Octavio. Amigo Paulo de los franceses, pagado del brillo superficial de Francisco I que tanto á las almas vulgares deslumbraba, despues de consultar los astros para ver si la constelacion de su nacimiento estaba en armonía con la constelacion del Rey, juróle amistad que luego perjuró por casar á Octavio, su sobrino, con la hija bastarda de Carlos V, la célebre Margarita. Creyóla un servil instrumento de sus ambiciones y luego se halló con que le despreciaba terriblemente á él y tenia una especie de culto supersticioso por el talento y la autoridad de su padre, el Emperador de Alemania. Todos le faltaron, Octavio por quien tantos sacrificios hiciera, el cardenal Alejandro Farnesio á quien elevara en edad temprana escandalosamente al cardenalato, el Rey de Francia, por cuya amistad sorbiera los vientos, los venecianos y los genoveses cuyo poder ni habia servido nunca ni deservido con oportunidad y á conciencia. Tantos y tan graves disgustos en edad avanzadí-

sima dieron violentamente con aquel roble fortísimo en tierra y amargaron la horrible agonía predecesora de su muerte.

El violentísimo atentado, que terminó la vida tempestuosa de Pedro Luis Farnesio, abrió una sima entre la religiosa magistratura del Pontificado y la civil magistratura del Imperio, como si ambas potestades se hallaran por un empeño de la lógica real, que rige y domina en el mundo, condenadas á eterna contradiccion. Paulo III, al ver cómo Gonzaga, sometido al Emperador, expedía tropas imperiales desde Milan á Plasencia, cuando aun guardaba los últimos rescoldos de la vida el mísero asesinado, creyó á Carlos V jefe de los asesinos. De aquí un disentiimiento que acabara en catástrofe tan magna como el saco de Roma, si acontecimientos de esta magnitud pudieran repetirse de nuevo en solo un siglo. La cólera de Paulo III no tenia límites, herido en sus intereses de monarca por la toma de Plasencia y desgarrado su corazon de padre por la muerte de Farnesio. En los desvaríos de su muerte y en los deseos de su venganza queria llamar hasta el infierno en su auxilio y queria tener hasta el diablo por aliado. El gran Mendoza, nuestro embajador en Roma, parece allí mas un enemigo insolente que un enviado imperial. Cuando se presenta ante el Papa, dobla la rodilla en tierra, como católico, en señal de adoracion al Pontífice; pero le insulta de palabra, en señal de odio al monarca. No es mucho, pues, que la guerra estallara entre las dos potestades y que Carlos V se creyera con autoridad y prestigio suficientes para poder arrogarse atribuciones y ministerios de Papa. En su soberbia quiere, despues de haber sometido por su victoria de Mulberg, las voluntades rebeldes en Alemania, someter y sojuzgar tambien las conciencias sobre las cuales solo Dios tiene autoridad y jurisdiccion. Pero no hay César, por piadoso, que no se crea con algo de divino, con algo por lo menos de sobrehumano en los vértigos que engendra la soberbia de una absurda omnipotencia.

Muchos historiadores han dicho que Carlos V aspiró en este tiempo, como aspirara en otro tiempo Maximiliano, su abuelo, á ejercer nada menos que la universal autoridad de Pontífice. No creemos en tan clara inteligencia tan singular locura; pero si no aspiró á ejercer la autoridad suprema del Pontificado, hizo actos de Pontífice. Nada tan sacro como el dogma. El lenguaje



de la Iglesia lo ha llamado inefable, porque del dogma no puede hablarse como él merece; y le ha llamado infalible porque no cabe ni puede haber engaño alguno en el dogma. Es de esencia en la religion católica el principio de la inmutabilidad dogmática. La revelacion divina, que ha llegado hasta la conciencia humana, encerrábase antes de la creacion misma del mundo en la hipóstasis del Verbo. Los Papas guardan el dogma, pero no lo crean; los mismos concilios ecuménicos, superior autoridad religiosa, lo definen y lo explican, pero no lo inventan; Dios mismo lo ha revelado en el Viejo y Nuevo Testamento, Dios mismo ha elegido la Iglesia universal encabezada por sus Pontífices para sostenerlo y para conservarlo en el mundo. Cárlos V, heredero de aquellos duques de Austria que pasaban por los paladines de la ortodoxia; nieto de aquellos reyes de España, católicos por antonomasia, que expulsaban á los judíos y traían á los inquisidores; propagador de la fe católica en el Viejo y en el Nuevo Mundo, cuyo cetro y cuya espada se dirigian como por un impulso propio contra todas las heterodoxias; discípulo de un Papa como Adriano VI; carcelero de un Elector como Federico de Sajonia; enemigo implacable de todas las innovaciones religiosas; intentaba lo que solo hubiera podido intentar un monarca olvidado completamente de la fe, intentaba una reconciliacion entre dogmas que se excluian y se negaban mutuamente, en cruda é irreductible oposicion. Aunque victorioso pensara mil veces en una restauracion pura y simple del antiguo catolicismo aleman, las implacables hostilidades del Papa divirtieron y apartaron su inteligencia de todos estos propósitos. Aprovechó, pues, la tendencia de algunos espíritus italianos por un catolicismo semi-protestante y la tendencia de algunos espíritus alemanes por un protestantismo semi-católico, para declararse árbitro en las discordias de las dos religiones y aparecer en los cielos del espíritu, sobre los dos dogmas del litigio religioso, como aparecia en los dominios del mundo sobre los dos hemisferios del globo terráqueo. Y llevado de esta idea, confundiendo la religion y la política, los dogmas y los príncipes, la esfera de accion al poder espiritual reservada y la esfera de accion reservada al poder temporal, como si pudiera dirigir la legion de los creyentes de igual guisa que dirigia la legion de los soldados, compone transacciones dogmáticas, da regla religiosas, define ideas teológicas, cercena lo que le parece de tal

secta ó de tal doctrina, y escribe el *Interim*, aquel compromiso increíble que ideaba imponer por su férrea voluntad á dos Iglesias contrarias.

Ideado este pensamiento inverosímil, en el cual extraña tanto la soberbia nativa del Emperador como la ignorancia de los límites puestos por la naturaleza misma de las sociedades humanas al poder civil; ideado, iba diciendo, este pensamiento, no ve ningun obstáculo, al realizarlo y al cumplirlo. Su hermano Fernando, aquel español trasplantado, contra su voluntad, desde nuestro suelo al suelo de Alemania, comprendió, por el conocimiento que tenia de su segunda patria, todas las dificultades con que habia de tropezar y en que habia de estrellarse el descabellado proyecto imperial, tan repugnante á los ortodoxos como á los heterodoxos. Pero el Emperador, cuando sentia un gran deseo, no pensaba en obstáculos ni óbices á su soberana voluntad. Contestó, pues, á todas las objeciones de su hermano, que creia tener entre sus altas facultades, el derecho de imponer la paz á las conciencias, como si pudieran las fuerzas mayores del hombre ejercer coaccion alguna sobre las invisibles fuerzas del espíritu.

Nada mas fácil que hallar en aquel tiempo algunos teólogos capaces de acomodarse á componendas tan maravillosas y extrañas. El obispo de Naumburgo y el coadjutor de Maguncia, católicos bien poco entusiastas; y Agrícola, pastor de la corte de Brandeburgo, protestante, bien poco fervoroso; recibieron el encargo de trazar esta tregua. Trazáronla; y temerosos de la cólera del Emperador, cuyo fondo católico ya conocian de antiguo y á ciencia cierta, encerraron dentro de los tradicionales cánones y principios eclesiásticos algunas concesiones humildes á la creencia y á la disciplina protestante. Restablecíase la misa católica y ortodoxa que los revolucionarios tomaban por tejido burdo de innumerables supersticiones; levantábase de nuevo el culto á la Virgen Madre, tenido por los innovadores como un culto idolátrico; la cuaresma volvia en la rehecha liturgia con todas sus prohibiciones de viandas y todos sus tradicionales ayunos; erigíanse de nuevo las aras sobre los altares y los santos sobre las aras; tornaban los Crucifijos á gozar de la adoracion profunda que antes les prestaban los fieles; revestíase el austero sacerdote luterano de albas y capas pluviales y casullas relumbrantes; las procesiones tornaban de nuevo á sus cánticos sacros, á sus sinfonías armo-